Las Relaciones Internacionales y las Exteriorizaciones del Poder

*E*n los últimos años del siglo que finaliza y, particularmente, a partir de la década del noventa, comienza a distinguirse la gestación de una verdadera revolución en las exteriorizaciones de poder que rigen las relaciones entre los distintos actores que conforman el sistema internacional. Sin embargo, las nuevas tendencias que parecen caracterizar los escenarios que emergen en medio de un mundo globalizado económica y tecnológicamente, no logran evitar que el gran telón de fondo continúe siendo -al igual que antaño- la gravitación de un determinado poder relativo que finalmente tiene la capacidad de eruirse como un inapelable tribunal de última instancia para imponer su decisión sobre el actor de menor relevancia.

Bajo estas reglas, resulta evidente el interés y los esfuerzos que desarrollan algunos de los integrantes de la pequeña orquesta que interpreta la sinfonía universal del poder, en el sentido de impulsar e imponer un modelo que les asegure conservar en forma exclusiva los beneficios y privilegios autoasignados bajo el pretexto de homologías geohistóricas o simplemente adoptadas bajo el amparo de las actuales asimetrías que presenta el mundo.

A diferencia de otras épocas en que la estatura política se configuraba implícitamente en la capacidad de iniciar y ganar una guerra, en el mundo globalizado de hoy el espectro del poder se vuelve mucho más amplio y complejo, pero igualmente mantiene y acrecienta aquellas diferencias que le permiten al actor poderoso utilizar a su voluntad y conveniencia los elementos de su poderío e incrementarlos a través de un orquestado consenso universal que -bajo un engañoso disfraz de nobleza y justicia- sólo protege sus propios intereses perpetuando y acrecentando en el tiempo la superioridad relativa que ostenta.

Sin duda alguna la globalización y sus efectos conforman una tendencia real e indesmentible que caracteriza el fin de siglo. Su materialización constituye un proceso que se ha iniciado, pero que no se encuentra absolutamente definido, donde se vislumbran grandes oportunidades de desarrollo y bienestar para todo el sistema internacional, incluidos los países menos poderosos. Asimismo, también conlleva graves riesgos que amenazan con mayor fuerza a los actores más débiles y de menor cohesión nacional, ya que la capacidad financiera, la tecnología, el estilo de vida y las imágenes que instantáneamente difunden los países dominantes, constituyen el mejor de los instrumentos para imponer a otros una cultura de mercado que le es propicia a sus intereses y que modifica tradiciones, costumbres e incluso la administración y el rol clásico que la concepción wesfaliana reserva al Estado mismo. Así hemos visto como, más allá del ámbito económico, se proyectan tendencias que afectan significativamente la soberanía política, cultural e, inclusive, judicial, produciendo a veces un deterioro en la unidad entre el Estado-Nación y parte de la Sociedad que lo habita, ya que se establecen otras relaciones de poder que se materializan directamente entre los individuos y los actores, entidades y procesos económicos y sociales de otras naciones.

Las tendencias mencionadas limitan la facultad de independencia que tienen los estados pequeños para tomar por sí mismo decisiones de orden interno y externo, sin subordinación a ninguna potencia extranjera y con el máximo de poder para su acción. Asimismo, facilitan el surgimiento de actores políticos que, apoyados en el actual entorno globalizante, buscan situarse en posiciones de liderazgo en el naciente nuevo orden internacional, el que por no encontrarse completamente definido presenta confusiones y vacíos que posibilitan una suerte de oportunismo perverso en las relaciones internacionales, donde más allá de las declaraciones altruistas, la motivación real parece

ser el deseo de acrecentar el poder propio, a través de una estrategia de usurpación de valores que en forma incipiente comienzan a universalizarse.

En un contexto donde no existe una regulación aceptada por todos los actores, el hecho de pretender aplicar normas que corresponderían al concepto de sociedad mundial, inevitablemente lleva a una transacción de poderes que irá en perjuicio del actor más débil, el cual se verá imbuido y limitado por las reglas de una comunidad en la que predominan los valores e intereses de quienes lideran el proceso. Así, el fenómeno de la globalización podría encerrar el peligro de convertirse en un instrumento sutil para restablecer las antiguas formas de dominación del débil por el fuerte, la política imperial y los afanes de tipo hegemónicos. Para evitar los efectos anteriormente señalados y para capitalizar adecuadamente las posibilidades de desarrollo que el mencionado proceso ofrece a los países más débiles o pequeños, es necesario que éstos se unan en la protección del respeto al concepto de igualdad jurídica de los Estados, ya que de esa forma será posible concretar una benéfica mundialización fundamentada en reglas claras y justas que eliminen los actuales vacíos -cuya interpretación sólo favorece a los países de mayor desarrollo- y que delimiten los aspectos propios de la soberanía interna o externa de cada estado y aquellos en que se compartirán o que superarán las potestades de las mencionadas soberanías.

A lo anterior debe agregarse el hecho que, para poder incidir en forma efectiva en la proposición y aceptación de políticas que permitan normar favorablemente la creciente interdependencia, los países menos desarrollados deben fortalecer su personalidad nacional acrecentando su propia identidad, lo cual sólo es posible alcanzar mediante la honra y valoración de su historia, su territorio, su pueblo, su idioma, sus tradiciones, su idiosincrasia, sus sentimientos y todos los valores cuyo conjunto conforman el concepto único de una patria unida y soberana. Sólo así será posible materializar el paso siguiente, cual es la conformación de alianzas o comunidades que efectivamente permitan acrecentar el poder nacional de los estados pequeños y medianos, para poder enfrentar así los desafíos que impone la arena internacional sin doblegarse ante las poderosas fuerzas de los actores o bloques que hoy ostentan un mayor desarrollo por haber recorrido con anterioridad similares caminos.

En el cono sur de América comienzan a vislumbrarse algunas rutas que podrían conducir a una reducción en las asimetrías de desarrollo con respecto a otras regiones del mundo. Un símbolo significativo de ello puede considerarse el reciente encuentro a bordo del destructor portahelicópteros Blanco Encalada entre los Jefes de Estado de Chile y Argentina el 15 de febrero recién pasado en la zona austral, donde junto a la conmemoración histórica del Abrazo del Estrecho a bordo del crucero O'Higgins -que como señal de paz protagonizaron hace cien años los Presidentes Federico Errázuriz y Julio Roca-, la nueva reunión constituye una clara señal de la voluntad de apoyo y cooperación que hoy ilumina el camino común para el progreso de ambos países, los cuales manteniendo las características e identidad propia de sus respectivas idiosincrasias, comienzan a enfrentar una etapa de integración continua y sistemática que puede proyectarse más allá del ámbito meramente económico, como podría concluirse frente a los ejercicios combinados que han desarrollado recientemente las Armadas de ambos países.

Las experiencias de los últimos años demuestran que el poder relativo de los países continuará condicionando el escenario internacional del futuro. Por ello, los Estados pequeños tienen hoy la obligación histórica de explorar todas las rutas que los conduzcan a reducir las asimetrías de desarrollo y poder existentes. Y en ese sentido, parece ser que la unión y cooperación entre ellos es el único camino viable para desarrollar la capacidad de insertarse en las tendencias vigentes e influir en ellas anticipándose y modificando aquellas que les sean perjudiciales. Pero a esa unión y cooperación sólo puede accederse cuando la Sociedad, como un todo, cuenta con una sólida y profunda base inicial que acrisole y fortalezca los conceptos de Patria, Identidad, Unidad y Personalidad Nacional. El desarrollo de esa base inicial es tarea de todos los integrantes de un país y, muy especialmente, de sus instituciones fundamentales, como consecuentemente lo ha demostrado la Armada de Chile a través de toda nuestra historia.